

debate, nos dirigimos a su casa, situada en la esquina oriental de la Plazuela de San Agustín, acompañados del distinguido estudiante de Derecho de la Universidad Libre señor don Félix J. Rodríguez, quien iba a tomarle una fotografía.

La señora esposa del doctor Zea Uribe nos recibe con exquisita cortesía en la sala arreglada dentro de la más severa elegancia. Se destacan dos preciosos jarrones que adornan los confidentes. Sobre el piano, en una discreta jardinera, hay colocados cuidadosamente varios botones de jazmín del cabo que esparcen embriagador aroma. En los floreros se ven también manojos de grandes y hermosos clavelos rojos.

Pocos momentos después se abre suavemente la puerta y aparece la señorita Elvira, toda llena de gracia y simpatía. Viste con aristocrática sencillez. El tono de su insinuante voz, su mirada tranquila, su conversación fácil y amena, revelan una cultivada inteligencia y un espíritu delicado y ágil. Soberana tiene que ser puesto que quien la escucha y la admira se convierte en su más fervoroso y fiel vasallo. Tal es el poder dominador de sus encantos.

—Sabe usted, le decimos apenas hemos iniciado nuestra charla, que un fuerte núcleo de estudiantes ha lanzado, con ardiente decisión, su nombre para Reina y que está resuelto a poner en juego todas sus actividades a fin de realizar aquella justificada aspiración?

—Ha sido en verdad para mí motivo de singular reconocimiento esta deferencia honorosísima que sinceramente estaba muy lejos de esperar. Tengo certidumbre de que mi nombre no alcanzará el número suficiente de votos ya que de manera muy acertada se ha proclamado también candidata a la señorita Ospina, a quien sin tener el gusto de conocer aprecio por sus virtudes, su talento y su ilustración. Si he de serle franca he de decirle que antes de surgir la candidata, yo creía que se pensaba reelegir a María I, ya que posee las más altas cualidades y ya que su reinado ha contado con el aplauso unánime.

—Sin duda usted puede tener razón, le observamos, pero igualmente le asiste a los que defienden su candidatura, porque saben que usted hará un gobierno generoso, prudente, ideal...

—Yo agradezco con toda el alma estas bondades...

—¿No cree usted, señorita, que la Reina de los estudiantes, que cuenta con el cariño de sus súbditos, no debe contentarse simplemente con tan sobresaliente cargo, sino que debe aprovecharlo para adelantar una labor eficaz y permanente en bien de la juventud y de la sociedad?

Al oír esta pregunta, la mirada de la señorita Elvira adquiere mayor vivacidad. Luego responde:

—Ciertamente, cada vez que nos vayamos acostumbrando a estos torneos de irreprochable cultura y a medida que un noble interés continúe formándose alrededor de ellos, la influencia de la Reina de los Estu-

diantes tiene que ser más decisiva en todo cuanto tienda al bienestar de la juventud y de la sociedad en general. Representando la Reina de los Estudiantes uno de los poderes más generosos y temidos, el de la juventud, lógico es que no deba limitarse su acción a los que la eligen sino que en cualquier momento deba estar lista a coadyuvar en toda obra altruista que tenga por objeto combatir una calamidad colectiva y demostrarle a las clases desvalidas que la juventud no puede olvidarlas en sus padecimientos, ni en sus esperanzas.

—Y en materia de iniciativas, ¿cree usted que ellas deben partir de la Reina o de los Estudiantes?

—Opino que de ambos. La Reina necesita promover actos en los cuales por medio de conferencias culturales se fijen modernas orientaciones educacionistas y se presente oportunidad de conocer las armas intelectuales que se van ganando en nuestras Universidades; empeñarse en el sentido de que se establezcan corrientes de franco acercamiento entre los más altos centros estudiantiles de habla española; laborar porque sea realidad el Club de Estudiantes; preocuparse porque se funden restaurantes para niños pobres a quienes sus padres obligan a trabajar porque no pueden asegurarles el diario sustento mientras concurren al colegio o a la escuela; estimular el compañerismo que aleje todo sentimiento de envidia y mantenga una leal fraternidad; en general, prestar su ardiente cooperación para que nunca se quebrante el carácter altivo de nuestra juventud y sea por su amor al estudio, su dignidad y su sentido práctico el orgullo de la Patria y la conquistadora del porvenir.

—Muy laudable es su modo de pensar, pero ¿no cree usted que estos propósitos, que serán unánimemente aprobados, acaso puedan tropezar con algunas dificultades?

—¿Y qué importa? La voluntad perseverante puesta al servicio de una noble causa siempre se impone.

Advertimos que estamos distrayendo demasiado a nuestra gentil interlocutora y que es tiempo de tomarle la fotografía. Para este efecto nos dirigimos a un ángulo del corredor. Mientras se prepara la máquina, nuestro compañero, señor Rodríguez, y la señorita Elvira, inician sabrosa conversación acerca de sus viajes por Estados Unidos y Europa. La señorita Elvira adopta una de sus más sencillas y señoriles actitudes en medio de dos hermosas tazas de flores que le hacen guardia de honor. Rodríguez oprime el botón del obturador y la imagen de la encantadora candidata queda aprisionada.

Nos despedimos. La señorita Elvira nos extiende su blanca mano real y nos dice con visible satisfacción:

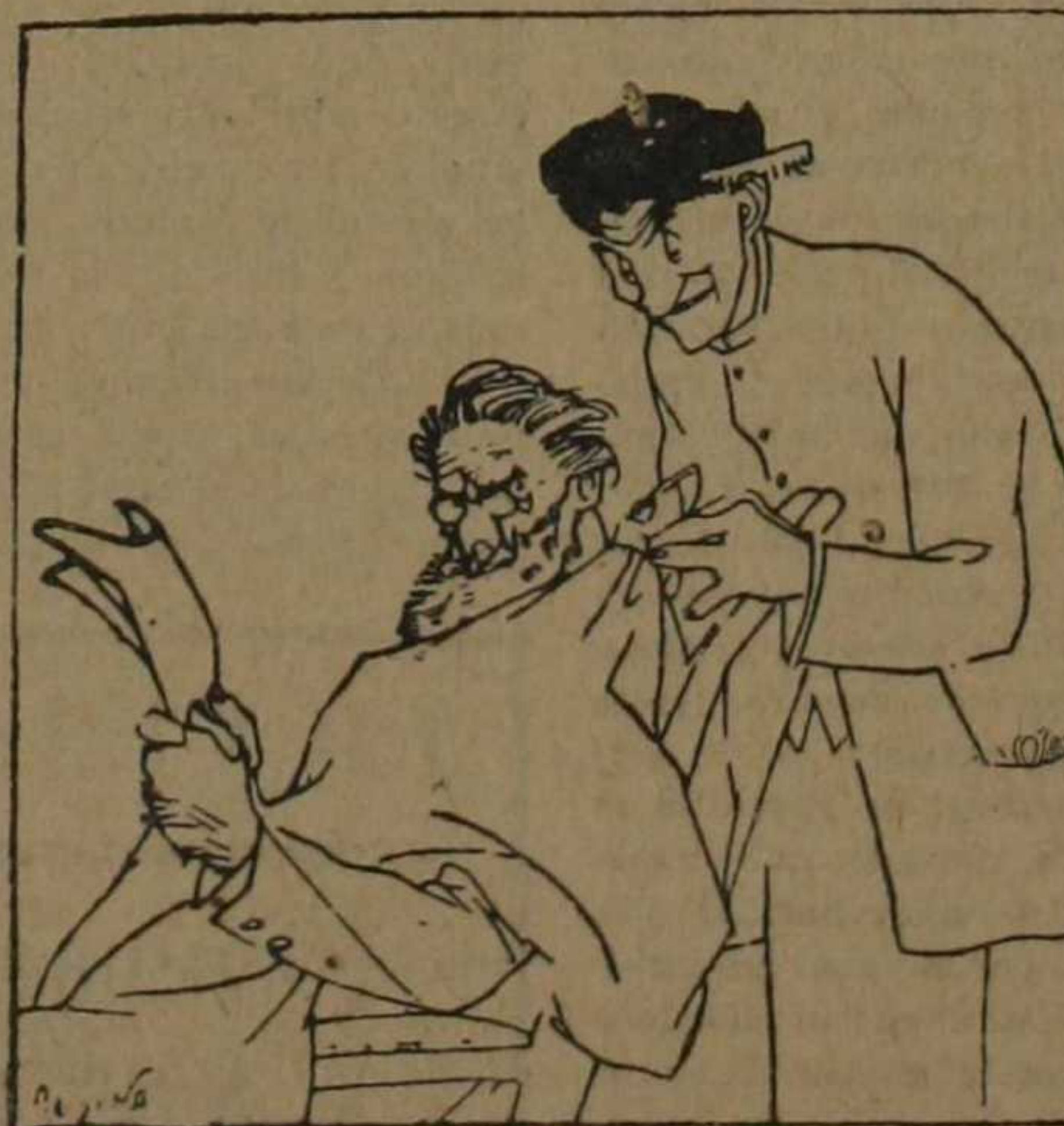
—Sírvanse expresar a los estudiantes mi infinita gratitud y díganles que, vencedora o vencida, siempre seré de ellos una amiga y más que una amiga, una sincera compañera.

MANUEL ALBERTO VERGARA

CORONACION DE LA REINA ELVIRA I

DISCURSO DEL DR. ANT^o GÓMEZ RESTREPO

Con viva emoción me presento hoy en este sitio: debo rendir homenaje de respeto a una Reina que va a empuñar el cetro, y saludar a la juventud, que, al ponerse voluntariamente bajo el imperio de una soberana tan gentil, se muestra fiel a una tradición ya consagrada, y renueva, una vez más, la generosa alianza entre la vida que empieza y la hermosura que, desde la aparición de Eva en el paraíso, estableció su trono sobre el mundo.



—Conque, vamos a ver, caballero: ¿cómo le arreglo a usted la barba?

—¡Calladito la boca!...

(Excelsior, México, D. F.)

POR GARCÍA CABRAL